

EDER GARCÍA DUSSÁN***LA PRAXIS PSICOANALÍTICA:
UN ANÁLISIS DEL(A) LENGUA(JE)****Resumen**

Desde una perspectiva actual la intervención terapéutica adelantada desde el paradigma del psicoanálisis, se considera como una práctica interactiva de comunicación. La instauración de la escena de interlocutores se adelanta con el fin de establecer un ambiente donde, finalmente, el paciente logra reconstruir el sentido de su historia biográfica, gracias a la relación dialógica puesta en marcha con el médico analista, quien auxilia un avance analítico de los discursos enunciados por el neurótico.

El objetivo de este escrito es ampliar tal concepción de la praxis psicoanalítica, apoyado en el diagnóstico habermasiano, el cual remite inevitablemente a la empresa de A. Lorenzer. Habermas justifica la noción de praxis psicoanalítica como una labor interpretativa de los conjuntos simbólicos (discursos) en los que todo sujeto engaña y se engaña en el ejercicio comunicativo.

Abstract

Considered from an updated new point, the therapeutic intervention carried out from psychoanalytic paradigm as an interactive communicative practice. The setting of the participant's scene is performed with the purpose of establishing an environment in which, as a final result, the patient is able to reconstruct the sense of his historical background. This process is achieved due to the dialectic relation developed with the psychoanalyst, who supports an analytical advance of the discourses given by the neurotic.

The purpose of this paper is to broaden such conception, on the basis of habermasian diagnosis, which necessarily approaches A. Lorenzer's work. Habermas Justifies the concept of psychoanalytical praxis as an interpretative task of symbolic groups (discourses) in which every subject deceives and deceives him/herself in the communicative practice.

Palabras Claves

Praxis psicoanalítica, represión, inconsciente, interpretación construcción, autorreflexión y transferencia.

El psicoanálisis surgió un poco antes que la lingüística y no obstante se puede afirmar, que en algún sentido Freud fue saussuriano, y también, que los lingüistas

* Filósofo. Profesor de la Universidad Pedagógica Nacional.

deben ser freudianos. A partir de las transformaciones de las dos corrientes inscritas en el estrellato de las Ciencias Sociales, se presentan numerosas sugerencias de aproximación. Los psicoanalistas, porque no se puede saber qué es el inconsciente si no se comprenden los mecanismos del lenguaje y las instancias de las situaciones comunicativas; los lingüistas, porque en sus estudios sobre los problemas del lenguaje en uso, deben tener en cuenta la dimensión del inconsciente, estructurado como un lenguaje, según Lacan.

En todo caso, sin pretender hacer espantajos interdisciplinarios, creemos justo mostrar las incidencias de estas dos disciplinas a partir la pregunta por aquello que hace el psicoanalista cuando se enfrenta a su paciente y le solicita que hable, cuestión que despliega sustancialmente los escrutinios sobre la praxis psicoanalítica adelantados por los investigadores alemanes Jürgen Habermas y Alfred Lorenzer, propósito de nuestro escrito.

Para lograr tal fin nos limitaremos, en un primer momento, a presentar un contexto histórico de los autores que aquí acuñamos, y después trataremos los fundamentos freudianos de la praxis psicoanalítica y su reevaluación en manos de Habermas, quien se basa fundamentalmente en el trabajo metateórico de Lorenzer.

I

Llevar a cabo un recorrido por la historia de las opciones epistemológicas de cualquier disciplina, generalmente ofrece circunvoluciones, replanteamientos, la aparición de nuevos interrogantes y caminos inéditos, que en conjunto prolongan el ejercicio de plantear nuevos horizontes de desplazamiento científico. Justamente dentro de esta dinámica de adelantos y retornos, se va tejiendo una forma peculiar de conocimiento, determinada por condiciones sociales e históricas, relativas a un conjunto de problemas de la realidad. En el caso del psicoanálisis, más exactamente del pensamiento freudiano, resulta evidente observar que su aparición responde a la emergencia de un momento histórico puntual: **la crisis del individuo tras la naciente sociedad de masas.**

El nacimiento de la sociedad moderna, al imponer el intercambio libre y la explotación capitalista, lleva a la ruina la propiedad media, transformando a su vez la estructura interna y la posición social de aquellas familias que otrora servían de matriz de amparo a los niños, quienes percibían como relevante el poder apersonado y protector del padre y cuya sumisión a tal voluntad servía como camino hacia su madurez; es así como el núcleo familiar fue el medio para prolongar la usanza burguesa a través de la práctica comercial paterna o de la fortuna heredada¹. A medida que la estructura tradicional de la familia se destruye gracias al fenómeno de la industrialización, la figura del padre empieza a debilitarse y el niño burgués comienza a recibir la imagen abstracta de un poder

¹ Cfr. Horkheimer, M. La familia y el autoritarismo. En: "La familia". Barcelona: Península 1986 p. 177-187.

arbitrario, donde los sujetos² ya no son señores de sus procesos de producción y gradualmente se vuelven impotentes frente a una nueva organización social, lo que decanta en la producción de actores sociales incapaces de usar reflexivamente las normas que se transmiten por medio de contactos del sujeto con el mundo exterior en el período de dependencia del niño con sus padres, todo esto bajo el patrón consistente de influencias activadas por el mecanismo psíquico de la identificación.

Ahora bien, la disolución de esta forma de individualidad sirve al psicoanálisis como modelo para su *ideal terapéutico*, puesto que la praxis clínica pretende restablecer la autonomía y la espontaneidad del sujeto debilitado en su esencia por las circunstancias sociales transformadas. Sobre este panorama histórico concreto, Freud edifica un sistema teórico-conceptual a partir de sus experiencias clínicas, el cual fue construyendo paulatinamente a medida que dependía y se oponía a las posturas científicas de la psiquiatría decimonónica. Así pues, el padre del psicoanálisis fue depurando varios conceptos, entre ellos la relación entre pulsión y sociedad, tratada desde sus escritos tempranos.

La fórmula pulsión-sociedad o naturaleza-cultura, no representa para Freud una relación unívoca, sino un *proceso* en un sistema regulativo, vale decir, un sistema complejo de equilibrio que puede ser transformado desde la base biológica o desde la base social; tal concepción queda registrada en su obra bajo la noción de *sublimación*, aquel hecho de renunciar al simple placer de órgano, para investir objetos que sólo tienen existencia y valor social³. Antagonismo que, por otra parte, se despliega totalmente en la sociedad del intercambio, que por primera vez en la historia independiza a los sujetos formalmente. No obstante, a partir de su desarrollo, la recepción del psicoanálisis (historia del hombre individual) queda inmersa en los esfuerzos de mediación con el marxianismo (historia de la sociedad burguesa), cuyo problema básico consistió desde el comienzo en buscar lazos entre las condiciones sociales y las exigencias pulsionales. Reflexión que se distanció claramente del tratamiento original dado por Freud al respecto cuando amplió su objeto de estudio de la dimensión de lo psicológico-individual a lo sociopsicológico.

La con-fusión, conocida como *freudomarxismo*, fue abierta sustancialmente en la década de 1925-1935 por un grupo de psicoanalistas de orientación marxista, entre los cuales se reconoce a W. Reich, E. Fromm, S. Bernfeld y O. Fenichel. Estos autores, al querer encontrar la mediación de las categorías psicológicas y sociológicas, llevaron la problemática a un cierto maridaje incompatible. De esta suerte, la teoría de la sociedad de Marx queda reducida a la imagen del marxismo

² El concepto de sujeto, tal como lo ha desarrollado el psicoanálisis, no se refiere a ninguna entidad biológica, pues no es el individuo que los discursos sociales, políticos y teóricos designan como entidad fundamental y coherente. El sujeto en psicoanálisis aparece inmerso en el campo del lenguaje, es decir, en el registro simbólico; el momento en que aparece el sujeto en la cadena significante corresponde al momento de diferenciación entre Consciente e Inconsciente.

³ Freud, S. La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna. En: "Obras Completas". Buenos Aires: Amorrortu 1990 T. IX p. 177-187

soviético y el psicoanálisis a una teoría irreconocible al tildarse de “ciencia natural del alma”⁴.

Pero un nuevo desplazamiento se llevó a cabo en el interior de la Escuela de Francfort que reflexiona sobre esos intentos de maridaje entre las teorías de Freud y Marx, y hacia 1946 sus figuras dominantes, Th. Adorno y M. Horkheimer, envisten contra el revisionismo de los neofreudianos. La posición francfortiana se revela como una Teoría Crítica al proponer que las categorías sociológicas no pueden reducirse a las categorías psicológicas, ni viceversa; pues detrás de esta imposibilidad se encuentra el meollo del asunto mismo, a saber: sujeto y sociedad no están conciliados en la realidad, sino mediados por una tensión dialéctica. De ahí que sea necesario mantener una irreductibilidad entre las dos disciplinas para lograr una mediación entre ellas⁵. La solución, de corte hegeliano, permite pensar que la tensión dialéctica lleva en sí misma el germen de su superación, porque esta *Aufhebung* que está por ganarse es fundamento **de** y pujanza **en** la realidad actual. Así las cosas, querer comprender la realidad sociológica con categorías psicológicas o viceversa, antes de que la contradicción dialéctica entre sujeto y sociedad se haya desarrollado hasta su superación (antes de que haya llegado a una sociedad libre de sujetos libres), significa cerrar los ojos ante esta realidad. Sujeto y sociedad son puestos en relación con la situación histórica, las categorías psicológicas y sociales deben aprehender estructuras económicas, políticas y culturales en su desarrollo histórico y la verdad que allí se eleva es efecto de un proceso, tal como lo había esbozado Freud en su texto de 1908, “La moral sexual *cultural* y la nerviosidad moderna”.

Justamente dentro de este devenir, se fue elaborando la tradición del psicoanálisis en el suelo europeo, el cual seguirá siendo fértil para posteriores retoños. Es así como a finales de la década de 1960 con el movimiento estudiantil (*mayo del 68*) se proyectó como de golpe, el psicoanálisis al foco de un difundido interés que arroja como primera consecuencia su recepción como doctrina crítica. Revivir inusitado que se devanea entre los crudos enfrentamientos políticos en la universidad de Francfort, especialmente bajo la reactivación de la obra de W. Reich, aprovechada como herramienta de la actividad estudiantil. Aquel renacer del psicoanálisis, pronto habría de retraerse como los tentáculos después de hacer presa, no sin antes dejar despierta la curiosidad había suscitado con el materialismo histórico. La escuela de Francfort esperó entonces que sus críticas fueran continuadas y, tras la muerte de Teodoro Adorno en el verano de 1969, Jürgen Habermas se hace cargo de la dirección del *Instituto de Investigación Social* y prosigue la labor iniciada antiguamente. Así pues, dedica parte de su empresa a evaluar el `invento` de Freud, enfocando su desarrollo de foma bifronte:

- Maridaje Freud-Marx
- Rango epistémico del psicoanálisis dentro del campo de las ciencias.

⁴ Cf. Reich, W. Materialismo dialéctico y psicoanálisis. México: Siglo XXI, 1970. Nota preliminar.

⁵ Cf. Horkheimer, M. Historia y psicología. En: “Teoría Crítica” Buenos Aires: Amorrortu 1990 p. 30

En cuanto a la primera determinación, Habermas señala que si bien Marx a nivel material de sus investigaciones señaló la tensión entre fuerzas y relaciones de producción como un lugar en el que el desarrollo de la humanidad se decide, a nivel categorial condensó las primeras relaciones en las últimas, menguando de esta manera el desarrollo de la sociedad al plano de la producción, vale decir, al mero trabajo⁶. Al tiempo subraya cómo Freud concibe la cultura apoyada sobre esas mismas dimensiones; pero, contrariamente a Marx, no inserta una en la otra, sino que concibe la sociedad en relación con la represión de tendencias pulsionales que se instaura independientemente de la forma de producción determinada (v.gr. la capitalista). De tal manera que Freud resalta aquella dimensión que Marx había perdido en su unilateralización⁷. Sin embargo, comete un error al trastornar la metódica operante que el mismo psicoanálisis sigue, la cual se reduce a un modelo de comunicación con propósitos de autorreflexión y autoliberación. Dicha perturbación reside en el hecho de haber querido reducir el modelo a otro de tipo energético, trasladando la praxis analítica a un reduccionismo de tipo farmacológico⁸.

A partir de este escrutinio, Habermas evalúa el psicoanálisis como una disciplina hemenéutico-dialéctica y termina ubicándola dentro de la matriz de las Ciencias Sociales. Para llegar a sostener tal juicio, toma como punto de partida la obra del psicoanalista alemán Alfred Lorenzer quien a su vez se orienta en la perspectiva básica de la Escuela de Francfort, cuyo centro antipositivista se basa en la figura de la *autorreflexión*, dada como el mecanismo que guía la emancipación de aquellos poderes que (auto)gobiernan los sujetos; temática que se sustrae del esquema basado en el panfleto kantiano de 1784, "*Respuesta a la pregunta: ¿qué es la ilustración?*". Este oficio de reubicar el psicoanálisis en un lugar epistémico adecuado, de acuerdo con su propia actividad transformadora, es llevada a cabo de una manera integral por el profesor alemán Lorenzer⁹, quien orienta su empresa desde dos puntos programáticos con los cuales busca designar el psicoanálisis como una psicología social que explica la deformación del sujeto bajo las restricciones de la relación de producción. Estos puntos son:

- Abordamiento específico de la praxis psicoanalítica, que no de su psicología general, puesto que "(...)no se puede partir de lo que es el

⁶ Cf. Habermas, J. Conocimiento e Interés. Madrid: Taurus 1982 p. 32-52

⁷ Ibid p. 262 y ss.

⁸ Ibid p. 240

¹¹ Nacido en Ulm, en el año de 1922, Lorenzer estudia en Medicina y Psicología en Tübingen, para luego trabajar en la misma universidad como asistente en la Clínica de enfermedades nerviosas y en la Clínica Psicósomática de la Universidad de Heidelberg. Después pasa a Francfort, antigua ciudad alemana sobre el río Main y cuna del poeta Goethe y del filósofo Feuerbach, donde trabaja como psicoanalista en el Instituto Sigmund Freud, y como Profesor de Teoría de la Socialización en la Universidad de Francfort, para más tarde posicionarse como catedrático de psicología social en la Universidad de Bremen a mediados de 1970. Hoy día es considerado como el teórico que ha lanzado la más seria y coherente obra que fusiona de forma plausible psicoanálisis y materialismo histórico, gracias a los trabajos realizados en el seno de una escuela conocida como "Teoría crítica del sujeto", al lado de H. Dahmer y K. Horn

psicoanálisis según su autocomprensión, sino de lo que hace el psicoanalista”¹⁰. Así, el autor reubica el psicoanálisis en su justo lugar ahondando en la forma peculiar de interacción comunicativa entre médico y analizado; ámbito que presupone las concepciones freudianas de Resistencia, Represión e Inconsciente, íntimamente ligadas a los conceptos de Interpretación, Construcción y Transferencia, nociones-clave del aparato epistemológico freudiano. Tal énfasis es la premisa para la desmitificación del objeto, método y fin del psicoanálisis, adelantada por Lorenzer.

- Desbordamiento del marco del psicoanálisis como teoría de las funciones biológicas, lo cual lo convierte en una doctrina crítica al indagar “(...) el metabolismo de la naturaleza interna, precisamente como metabolismo de los sujetos socializados, pues no ve entre sí sujetos autónomos, sino hombres en su contextura biográfico-histórica”¹¹. Así pues, el psicoanálisis, de aspirar a ser una psicología social, tiene que concentrar sus esfuerzos “(...) alrededor de la mediación de lo social con la naturaleza, siempre que mantenga como fundamental el punto de vista biológico-funcional”¹². El desarrollo de este punto, mostrará, en suma, cómo el psicoanálisis es a su vez una *Teoría materialista de la socialización*.

Dos puntos, pues, que obligan a indagar tanto los presupuestos de la terapia psicoanalítica, como los avatares del proceso de socialización temprana. Para nuestro actual interés, corresponde revelar el primer punto con el propósito de desarrollar la tesis de que **el psicoanálisis, como práctica interactiva de comunicación, es una labor donde se adelanta un análisis (lógico, psicológico y escénico) del lenguaje**. Bajo este campo reflexivo, la comprensión de la noción de *lenguaje* dentro de la estructura teórico-práctica del psicoanálisis se concentra en un enfoque que no se aleja suficiente del término en su sentido global. Tal como asevera Belinsky:

- 1- “Cualquiera sea la forma expresiva, para el psicoanálisis se trata siempre de lenguaje, y el único riesgo a evitar es la confusión con sistemas de comunicación no verbal. Esta tesis, incluye entre los modos del lenguaje a la escritura(...)
- 2- En psicoanálisis, el centro no está en la consideración de una forma determinada, incluido lo que, con Hjemstev, podemos llamar expresión y contenido, sino en el hecho de que siempre nos hallamos ante dos formas y el eje pasa por las reglas de transformación. De este modo para Freud, lenguaje y traducción son circunstanciales. Para él leer, escuchar y ver es traducir.
- 3- En este proceso de traducción el peso cae del lado del inconsciente; es decir, la forma manifiesta remite a una doble sustancia (manifiesta y latente) (...).

¹⁰ Lorenzer, A. El lenguaje destruido y la reconstrucción psicoanalítica. Buenos Aires: Amorrortu 1977 p. 44

¹¹ Lorenzer, A. Símbolo, interacción y praxis. Ed. Cit. p. 108

¹² Ibid p. 108

- 4- Entre los planos manifiesto y latente existe una relación de estratificación, donde el segundo es más arcaico que el primero (...)
- 5- Entendido como estructura lingüística, o, mejor aún, como estructura del lenguaje, lo inconsciente es irreductible a un tipo en particular, sea escritura, imagen o palabra, ya que parece reunirlos a todos. Como dice Freud con claridad, *lo inconsciente habla más de un dialecto*, que llega hasta el límite de soportar la antítesis en la unidad y la peculiaridad de una sintaxis que incluye lo sincategoremático de modo específico¹³.

//

Ahora bien, sabemos que desde sus preludios, Freud analiza el discurso de sus histéricas y obtiene para su empresa el principio funcional de su labor, afirmando que el objetivo terapéutico del psicoanálisis es suprimir las represiones, o lo que es igual, "(...) llevar al reconocimiento consciente lo reprimido en la vida anímica"¹⁴. He aquí que el pilar fundamental de esta doctrina sea la Teoría de la Represión¹⁵. Para comprender este fenómeno que contiene la praxis, es preciso tener presente la excentricidad del yo respecto de sí mismo que consiste en la siguiente comprobación: previamente al resultado de la cura analítica, el sujeto, está descentrado con respecto al yo consciente, y aquella instancia que provoca esta situación es el inconsciente.

En efecto, la historia del psicoanálisis comienza con el descubrimiento de resistencias que impiden que la verdad que sostiene al síntoma sea dicha. Tales resistencias evidencian que el sujeto está escindido por efecto de un conflicto neurótico, vale decir, por una pugna entre las fuerzas de lo reprimido y las de lo represor. Lo reprimido es todo discurso inconsciente cuya actividad protectora es experimentada como resistencia; lo represor, representado como defensa del yo, impide descargas de lo inconsciente-reprimido. Así las cosas, la re-presión es un presión en sentido inverso, es decir, es la insistencia que pugna (empuja) por abrirse paso hacia la cadena consciente, a través del error, del sueño, del falso recuerdo o del síntoma, manifestaciones éstas que tienen en común el ser efectos del lenguaje(je). Basta recordar, como ejemplo magistral de lo anterior, la digresión freudiana en su obra, "Contribución a los estudios sobre la histeria" (1895), especialmente el caso de Cecilia M. que revela el proceso que él mismo llama simbolización, donde la mujer histérica presenta el síntoma de una neuralgia facial, directamente relacionada con las ofensas de su marido que eran para ella una bofetada en la cara. Aquí, como en otros casos, el síntoma procede tomando un proverbio metafórico al pie de la letra. Al respecto afirma Freud,

¹³ Belinsky, J. El psicoanálisis y los límites de su formalización. Barcelona: Lumen 1985 p. 89-90.

¹⁴ Freud, S. Cinco conferencias sobre psicoanálisis. En: "Obras Completas" Buenos Aires: Amorrortu, 1990 T. XI p. 34

¹⁵ Cf. Freud, S. Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Ed. Cit. T. XIV p. 15

“(...) sostengo que el hecho de que la histérica cree mediante simbolización una expresión somática para la representación de tinte afectivo es menos individual y arbitrario de lo que se supondría. Al tomar literalmente la expresión lingüística, al sentir la bofetada a raíz de un apóstrofe hiriente como un episodio real, ella no incurre en abuso de ingenio, sino que vuelve a animar las sensaciones a que la expresión lingüística debe su justificación”¹⁶.

Esta concepción, ya deslindada desde los orígenes teóricos por Freud, abre una técnica basada en el compromiso neurótico. El conflicto ocasiona una obstrucción en la descarga de las pulsiones (Triebe)¹⁷ que se producen en un estado de represión¹⁸. El Yo (conciencia) se va haciendo menos capaz de manejar las tensiones en aumento y llega el momento en que es vencido por ellas. El punto esencial para comprender el resultado patógeno del conflicto es la necesidad que tiene el Yo de gastar energía constantemente para impedir acceso a la conciencia de aquellas pulsiones que no dejan de pujar (Drang) y que sólo existen como representantes representacionales en el aparato psíquico¹⁹. El Ello termina abrumando al Yo, quien empobrecido frente a su labor defensiva (Verdrängung) deja que penetren en la conciencia aquellas formaciones de manera desfigurada o disfrazada, efecto de un compromiso entre estos dos tipos de fuerzas en pugna. La descarga así condicionada por el compromiso es el síntoma neurótico.

Estos conceptos, así fusionados, son la dinámica psíquica que se revela ante los ojos de Freud en su práctica analítica, y que el autor ilustra con casos sobresalientes que expone en su obra; así el llamado caso Dora (1905), donde la técnica de Freud se aprecia desde la perspectiva de el fenómeno de la histeria (un caso típico de neurosis). Este ejemplo revela “(...) el determinismo de los síntomas y el edificio íntimo de la neurosis”²⁰. En este caso, Freud interpreta los síntomas al determinar la variedad de sentidos a partir del sinsentido. Toma como material de apoyo exegético dos sueños de su paciente como las escenas sobre las cuales se inscriben simultáneamente todas “las capas de significaciones” (para retomar el feliz término de La interpretación de los sueños) que un símbolo puede tener desde la infancia y donde el uso que el inconsciente hace es el que fija su sentido²¹. Y es que el gran descubrimiento freudiano reside en la idea de que el inconsciente es un aparato transformador de lengua(je), es a la vez el

¹⁶ Freud, S. Estudios sobre histeria. Ed. Cit. T. II p. 188

¹⁷ El concepto de pulsión se comprende como una fuerza constante que emana excitaciones internamente. Es un disturbio de energía interna, un déficit por equilibrar.

¹⁸ Cf. Freud, S. La perturbación psicógena según el psicoanálisis. Ed. Cit. T. XI p. 211.

¹⁹ Cf. Freud, S. Trabajos sobre metapsicología. Ed. Cit. t. XIV p. 117

²⁰ Freud, S. Fragmento del análisis de un caso de histeria. Ed. Cit. T. VII p. 12

²¹ El sentido, a diferencia del significado de uso público, es el significado particular, privado, que posee un hablante en sus interacciones comunicativas.

desorganizador y el reorganizador del material significante, donde las palabras son cortadas, traspuestas, trastocadas y sus fragmentos se unen y se atraen entre sí por caminos caprichosos, lo cual no hace más que revelar una astucia (aquí de la no-razón, con el permiso de Hegel) de la que el sujeto nada sabe. Es así como la existencia de la instancia inconsciente, gobernada por las leyes de la condensación y el desplazamiento (la metonimia y la metáfora) y por la homofonía y por la consonancia (a nivel semántico de la lengua), rompe la linealidad discursiva y teje (de aquí deriva texto) una malla que revierte el sentido, produciendo efectos de significación siempre nuevos. Pero también lo novedoso y substancial de este caso de 1905, es que Freud une materiales, fragmento por fragmento, como en un rompecabezas, para dibujar las cadenas discursivas, materia del inconsciente, con certeros vínculos de validez; con lo cual el trabajo de interpretación, acarrea una labor de construcción²². Así las cosas, desde muy temprano, el tratamiento analítico supone dos propósitos:

- Fin prático: remoción de síntomas
- Fin teórico o arqueológico: restauración de la biografía rota y perdida, lograda al expatriar piezas lingüísticas originales con ayuda de piezas aportadas por el analista.

Movimiento bifronte y singular de desciframiento de significados y demolición de barreras, donde el paciente toma parte del proceso, ya que es él mismo el que los construye (y re-construye). Ahora bien, tras la evaluación de más casos (v.gr. el caso “El hombre de los lobos”), Freud se permite en la práctica retroceder siempre cada vez más lejos en la búsqueda del acontecimiento de la primera escena, perteneciente a la infancia y a los primeros años de vida²³.

Pero es hacia 1914, cuando define el fin del método analítico como aquel que permite “(...) lograr la supresión de las lagunas del recuerdo y dinámicamente, el vencimiento de las resistencias de la represión”²⁴. Estas lagunas, en el recuerdo, son representaciones sustraídas al pensamiento preconsciente que funcionan con representaciones-palabra o digitales (Wortvorstellung) retenidas en el inconsciente, y quien las atrae por efecto de la represión originaria²⁵; por lo cual no quedan perdidas, sino sólo fuera de asociación. El “olvido” de escenas vividas en épocas primigenias, consiste en una retención relativa de las representaciones prohibidas que contienen cargas afectivas, sin posibilidad de comprensión por parte del sujeto, pero cuya interpretación puede sobrevenir cuando se adquiera la facultad de interpretar su sentido, es decir de asociarlas con el uso de la lengua (matema). La consecuencia de este proceso es la incapacidad de captar en

²² Cf. Freud, S. La interpretación de los sueños. Ed. Cit. T.IV p. 96

²³ Cf. Freud, S. Historia del movimiento psicoanalítico. Ed. Cit. T. XIV p. 16

²⁴ Freud, S. Recuerdo, repetición y elaboración. Ed. Cit. T. XII p. 345

²⁵ Cf. Freud, S. Trabajos sobre metapsicología. Ed. Cit. p. 143

palabras, la representación pulsional ahora reprimida, es decir, desligada de lengua(je) y sólo con-tenida en representaciones-cosa o representaciones icónicas o analógicas (Dingvorstellung), de tal suerte que: "(...) lo que la representación niega a las representaciones rechazadas(...) es la traducción en palabras, las cuales permanecen enlazadas al objeto, la representación no concretada en palabras o el acto psíquico no traducido, permanecen entonces reprimidos en el inconsciente"²⁶. Lo desterrado de la conciencia, ahora son meras representaciones-cosa, productoras de significación en tanto cobran una ligadura de representaciones verbales; por tanto, se convierten en representaciones sustraídas de toda comunicación pública.

He aquí una avanzada interpretación lingüística de la represión. Freud piensa que las representaciones mentales son predominantemente constituidas a partir de imágenes visuales y acústicas. Para que éstas sirvan a los procesos de pensamiento se requiere su combinación al lenguaje verbal (el habla). Aquí, como en toda teoría psicolingüística, la representación se diferencia del referente o la cosa, pero la representación-cosa se diferencia también de la palabra. En esta relación de diferencias con el referente, la lengua mantiene una forma de funcionar cercana al de la cosa misma:

"(...) de allí su tendencia a la alucinación que Freud señalara, o la recarga de la palabra, que es tomada como objeto, en la experiencia de la psicosis. Por eso, la representación-cosa, no contiene conocimiento, ni puede relacionarse con el saber, que requieren de condiciones opuestas. La representación palabra permite la abstracción, posibilitando ejercer un conocimiento del mundo y aportando al sujeto aquellas referencias que le permiten una exploración y una acción dirigida sobre él. Inversamente la representación-cosa, en la metapsicología freudiana, sólo tiende a la repetición, el puro acto. Sólo es productora de significación en tanto cobra una ligadura a representaciones verbales"²⁷.

III

Ahora bien, es partir de esta concepción lingüística como A. Lorenzer califica la represión como la escisión de las representaciones-cosa y las representaciones-palabra, como la destrucción del lenguaje. Tal concepción reposa en su obra capital "El lenguaje destruido y la reconstrucción psicoanalítica: trabajos preliminares para una metateoría del psicoanálisis" (1970), trabajo terminado en 1967, con el título "El proceso de comprensión en la operación psicoanalítica", panfleto usado por Habermas para su obra "Conocimiento e interés" (1968). Aquí

²⁶ Freud, S. Recuerdo, repetición y elaboración Ed. Cit. T. XII p. 346 (las negritas son nuestras).

²⁷ Galende, E. Historia y repetición. Buenos aires: Paidós 1992 p. 126.

Lorenzer traza los fundamentos de la teoría y método psicoanalíticos, centrando su investigación en la praxis terapéutica.

Para Lorenzer, "(...) la forma operativa que es típica del psicoanálisis, ha de caracterizarse como comprensión. La explicación sólo entra sucedáneamente en el proceso de conocimiento que lleva a la interpretación"²⁸. Ahora bien, para precisar esa comprensión, distingue en un primer momento dos tipos de ella, que decantarán posteriormente en una tercera (la comprensión escénica). Éstas son:

- Comprensión lógica o comprensión de lo hablado entre analista y analizado, bajo la unidad que compromete lenguaje y mundo.
- Comprensión psicológica o comprensión del orador (actitudes, expresiones, sensaciones...).

"(...) La comprensión psicoanalítica - manifiesta Lorenzer- es una comprensión tanto lógica como psicológica, iniciándose en uno u otro ámbito, en el paso decisivo irrumpe respectivamente en el ámbito de la actividad del campo contrario"²⁹. La comprensión opera partiendo del paciente, y a su vez apartándose de él, para buscar en vez de la expresión, el sentido de lo dicho, en un espacio artificial de comunicación. Entonces, el paciente se comprende no como simple orador, sino como actor en una puesta de escenas comunicativas, en un marco que funde lenguaje y acción. No obstante, más allá de dos personas observables objetivamente, se perfila otra pareja de objetivación recíproca; hay así dos sujetos, provisto cada uno de dos objetos: su yo y su otro (inconsciente), vale decir, cada uno con su propio discurso consciente e inconsciente fluctuando tal como se mueve la homiga en una banda de Moebius³⁰. Pero, la comprensión misma encuentra un inconveniente: ¿cómo llegar al inconsciente del analizado, si éste está fuera de la comunicación pública?.

Este inconveniente hace inaugurar la necesidad de revisar el concepto de símbolo respecto a la teoría del inconsciente que ya se vuelve insostenible a partir de la arremetida de la lógica matemática y otras disciplinas afines. En la reconstrucción de tal concepto, Lorenzer concibe el símbolo como un producto de un proceso cognitivo. Al respecto sostiene:

²⁸ Lorenzer, A. El lenguaje destruido y la reconstrucción psicoanalítica. Buenos Aires: Amorrortu p. 69.

²⁹ Lorenzer, A. Símbolo, interacción y praxis. Ed. Cit. p. 110

³⁰ La Banda de Moebius es una superficie unilátera de un borde que se puede obtener a partir de una superficie cuadrilátera llamada polígono fundamental. Este polígono tiene dos bordes orientados en direcciones opuestas. Para construir la banda de Moebius, basta con suturar esos bordes, volviéndolos en la misma dirección, es decir, efectuando una torsión. De resultas, queda una superficie de una sola cara y un solo borde. En una banda de éstas, el recorrido de la superficie con un trazo en el medio a lo ancho de ella, permite retornar a su punto de partida.

“(...) los símbolos son figuras psíquicas que representan objetos y procesos externos o internos, que pueden distinguirse de estas en un proceso cognitivo y perceptivo, y que, como unidades autónomas, se convierten en objeto de procesos cognitivos y conceptuales”³¹.

De esta manera, la relación del símbolo se funda con la teoría del inconsciente en este punto: el Yo es un configurador simbólico que no suprime la instancia tópica inconsciente (Ello); más bien se interpreta ésta como una fuente provocativa en armonía (Zusammenspiel) con el Yo. La relación entre este concepto de símbolo y la teoría de los representantes pulsionales adelantado por Lorenzer está apoyado en la teoría de D. Beres³². Así es como entiende las representaciones como símbolos, dentro de las cuales se llevan a cabo distribuciones-ocupaciones de pulsiones; por tanto, las distribuciones-ocupaciones se llevan a cabo en los símbolos. A partir de esto, Lorenzer asume dos tipos de representaciones:

- Representaciones conscientes o símbolos
- Representaciones inconscientes o clisés (estereotipos).

Las representaciones inconscientes proceden de las representaciones simbólicas configuradas en el proceso de socialización y que fueron excomulgadas, esto es, excluidas de la comunicación y la acción, mediante el proceso de la represión. A propósito de este tipo de representaciones, la experiencia psicoanalítica ha podido dejar suficientemente claro que esos clisés no han perdido su efectividad respecto al comportamiento, es decir, su relevancia dinámica, y se caracterizan, esencialmente, por poder ser transformados en símbolos (ellos mismos han resultado de una transformación de símbolos) y que surgen mediante una ordenación escénica³³.

Según esto, se puede precisar la determinación de la represión como “desimbolización”, es decir, como la exclusión de la comunicación lingüística³⁴. Ahora bien, si se tiene presente que ningún comportamiento determinado por clisés se da en forma pura, sino mediada por el orden del lenguaje, entonces resulta que lo reprimido aflora disfrazadamente, o lo que es igual, con un lenguaje confundidor, privado, con una confusión equivocante típica del lenguaje (Sprachverwirrung). Pero no se trata de una alingüisticidad, sino de una pseudocomunicación o, en términos lorenzerianos, un lenguaje privado pseudocomunicativo. Así, se matiza el objeto de la praxis analítica: el

³¹ Lorenzer, A. Crítica del concepto psicoanalítico de símbolo. Buenos aires: Amorrortu 1976 p. 89

³² Beres, D. Bulletin of the menninger Clinick, 1965. Citado por Lorenzer, 1977 p. 99.

³³ Cf. Lorenzer, A. El lenguaje destruido y la reconstrucción psicoanalítica. Ed. Cit. p. 101

³⁴ Cf. Ibid p. 110

inconsciente es lo desfigurado sistemática y lingüísticamente, gracias a los conflictos neuróticos.

IV

Tenemos, pues, que la digresión lorenzeriana de símbolo termina por aclarar el hecho de que la comprensión en psicoanálisis no puede limitarse al contexto de una combinatoria de la comprensión lógica y psicológica. Por ello, la propuesta pone énfasis en una más estrecha asociación entre comprensión y acción, la cual se alcanza bajo la premisa de que es en el plano de las representaciones del paciente en el que se mueve esa peculiar comprensión. Pero, ¿cómo se caracterizan estas representaciones?. La respuesta que ofrece Lorenzer es "(...) como realización de relación, como escenificación del modelo de interacción"³⁵. De modo que la comprensión psicoanalítica ha de dirigirse hacia el comportamiento del paciente determinado por clisés. A esta comprensión, que implica la participación del paciente y que comprende al médico, le corresponde el adjetivo de escénica.

En este sentido, la terapia analítica "(...) no apunta a otra cosa que a la restauración de los juegos lingüísticos escindidos (...) y ocurre al hacer coincidir tres cosas: la escena actual de la situación analítica, la trama vital real del presente y la escena infantil del acontecimiento original (es decir, la del conflicto neurótico). En otras palabras, la reconstrucción lingüística, la cual construye por igual a la acción y a la capacidad de indagación, es una renovación de la interacción"³⁶. Recordemos de paso que ya Freud (1914) había indicado que comprendidas las lagunas de la memoria como olvidos por represión, "(...) el analizado no recuerda nada de lo olvidado o reprimido, sino que lo vive de nuevo. No lo reproduce como recuerdo sino como acto (...) "³⁷. Vivir algo de nuevo, sin saberlo, requiere de un acto que mezcla una compulsión a repetir una escena traumática infantil con la persona del analista, ayudado de algunos elementos que impone el Proceso Secundario o Principio de Realidad, que atrapa la realidad a través del lenguaje. Los ejemplos freudianos revelan que se trata de actitudes del sujeto en análisis que ofrecen resistencia al ser transformados en recuerdos. En primer lugar la transferencia o reedición de actos primigenios, pero también, por ejemplo, cuando un sujeto elige un objeto erótico o acomete una empresa

³⁵ Ibid. p. 128

³⁶ Lorenzer, A. Símbolo, interacción y praxis. Ed. Cit. p. 117. Note el lector que aquí Lorenzer usa el concepto wittgensteiniano de Juego de lenguaje. Para el segundo Wittgenstein, la significatividad del lenguaje estriba en su uso y esto supone un contexto extralingüístico (la situación comunicativa). Así las cosas, el significado se determina pues por el uso en un contexto no lingüístico. Ese entrelazamiento de las actividades lingüísticas y no lingüísticas es llamado por Wittgenstein "Juego de lenguaje". Con esto, se debe considerar qué es lo que un sujeto está haciendo, no sólo su acto de hablar, sino toda la conducta.

³⁷ Freud, S. Recuerdo, repetición y elaboración. Ed. Cit. T. XII p. 344

cualquiera. Así, pues, lo que se repite es "(...) todo lo que ya ha incorporado a su ser partiendo de las fuentes de lo reprimido, sus inhibiciones, sus tendencias, inutilizables y sus rasgos de carácter patológico"³⁸. Es decir, sucesos y escenas vividas y reprimidas (olvidadas).

Si esto es así, entonces, ¿cómo opera el análisis frente a esta tendencia?. Freud expresa que se trata de una confianza puesta en la palabra, puesto que la repetición, no es ajena a ella; no obstante, está fuera de su tramitación por el habla. Juego de palabras que al reconocerse como acontecida, repite el sujeto como un trozo de su historia traumática (sin saberlo). Lo que realmente sucede en el paciente es que la fuerza opresora cede, dejando aflorar a la conciencia lo reprimido, pero la fuerza pujante de lo reprimido a su vez cede al adoptar expresiones simbólicas que desfiguran su verdadero contenido. Es así como la tarea del analista consiste, pues, en interpretar los símbolos privados, traduciéndolos a los símbolos sociales ordinarios.

El ejemplo que trae a colación Lorenzer es el caso freudiano de Juanito ("Análisis de la fobia de un niño de cinco años"-1909-). De lo que se trata de hacer en la praxis psicoanalítica es, recordemos, reconocer tres aspectos o escenas que tienen un carácter de equivalencia situativa con el fin de traducir el significado lingüístico privado que repite en el *setting* clínico el paciente. Estas tres escenas, vía la comprensión, son: la escena actual, la escena de transferencia y la escena infantil. Supongamos que un neurótico, Hans, presenta una motivación reprimida que es "odio al padre". Lo que la represión hace, en su segunda fase, es separar esa motivación de los símbolos lingüísticos ordinarios "odio" y "padre". La motivación sepultada mediante esa maniobra en el inconsciente, sigue conservando su fuerza afectiva y teniendo consecuencias en la vida cotidiana del niño, pero no puede hacerse consciente porque no dispone de símbolos lingüísticos necesarios para subir a la conciencia. Cuando la fuerza represiva y la fuerza pujante del efecto reprimido llegan a un compromiso, se inicia la otra fase: ese afecto se hace consciente por medio de una asociación con otros símbolos de los socialmente válidos, por ejemplo, los de "miedo" y "caballo". El enfermo tiene entonces *Miedo a los caballos* y dice "tengo miedo al caballo". Lo reprimido ha logrado salir a la superficie, pero desfiguradamente, con lo cual se engaña al interlocutor y se engaña el enfermo mismo. Cuando el paciente dice "tengo miedo al caballo", en realidad está diciendo "odio a mi padre"; entonces, cuando el enfermo tiene miedo a un caballo, en realidad está teniendo odio a su padre.

El hecho de que *miedo* signifique *odio* y *caballo* signifique *padre* es algo que no pertenece a ningún lenguaje social ordinario. Se trata de una signatura específica (sentido) del caso neurótico en cuestión: es la forma extraña de expresión, que el analista tiene que reconstruir a la forma de nuestro lenguaje familiar, gracias a la equivalencia situativa de las escenas de Hans con el caballo (*situación actual*),

³⁸ Ibid. p. 440

con su padre (*situación infantil u original*) y con el analista (*situación de la transferencia*). Con ello se aportan las tres situaciones familiares a la empresa psicoanalítica inmersas en el fenómeno de la Transferencia; y en el curso de la terapia se tratará de unir el afecto reprimido con los símbolos correspondientes, vale decir, los socialmente ordinarios. Este procedimiento, de acuerdo con Lorenzer, es el siguiente³⁹:

“(...) *Primer paso operativo* (siguiendo el ejemplo del caballo-padre): el analista advierte que el significado de caballo no es el justo: lo deduce de la conducta.

Segundo paso operativo: el analista percibe que el paciente transfiere el miedo al caballo sobre él. Por ende reconoce que:

Analista = caballo

Sobre la base de las siguientes ecuaciones:

Escena con el analista = escena con el caballo en la situación de miedo

Yo del paciente ante el analista = Yo ante el caballo

Tercer paso operativo: el analista logra complicar más la situación, completándola ocasionalmente con la ulterior constelación escénica de

Analista = padre

En forma resumida la ecuación sería

Analista = Padre

Analista = Caballo

Por tanto, surge la sospecha de que

Caballo = padre

Cuarto paso operativo: debe reconstruir la situación perdida en todo marco significativo mutilado por la represión. La sospecha de caballo = padre se corrobora porque la interpretación hace desaparecer la escena.

Entonces resultará que:

Escena con el caballo = escena con el padre

Con lo cual queda claro que

Caballo = Padre

Quinto paso operativo: incumbe al analista y al paciente como una conclusión, tan pronto como el yo del paciente haya logrado el acceso pleno e irrestricto al sentido de los símbolos de padre y caballo. Ahora el yo logra hacer avanzar la formación de símbolos descaminada y recogerla de acuerdo con el comportamiento lingüístico habitual resulta:

Caballo = Caballo

Padre = Padre

Analista = Analista

³⁹ Cf. Lorenzer, A. El lenguaje destruido y la reconstrucción psicoanalítica. Ed. Cit. Capítulo. 5.

El desplazamiento lingüístico se ha revertido. El lenguaje privado se ha disuelto, se ha llevado el lenguaje del paciente a la congruencia con el lenguaje general⁴⁰.

Descubrir el sentido, el deseo inconsciente; proceder a una lectura del sentido; interpretar; he aquí “lo que hace el psicoanalista” en el marco de la terapia. Analista que, actuando como lector/descifrador de lo que se dice y no se sabe, como el extractor de ideas y pensamientos reprimidos, ayuda sigilosamente a la coincidencia de dos *dialectos*, el personal y el público. Esta tarea del análisis, comparada por Freud con la del arqueólogo, intenta desterrar una verdad impresa en “*otro lugar*” (extranjería interior, al decir del propio Freud), con el objeto de reconocerla o leerla en el síntoma, aquel que se descifra como una inscripción antigua⁴¹.

Tenemos, entonces, bien trazado el mapa que nos conduce a una divagación a propósito de comprensión en psicoanálisis. *La comprensión lógica* se ocupa de configuraciones irreales del sentido, *la comprensión psicológica* de las comprensiones en el sujeto y *la comprensión escénica* de la interacción de los sujetos con el mundo circundante. Estos modos discurren sobre evidencias en el sujeto, basadas en la comunidad de leyes estructurales lógicas, de patrones de comportamiento psíquico y de las leyes de muestras de interacción, respectivamente. *La Comprensión* avanza, por lo tanto, dentro de un círculo hemenéutico más enriquecido en el que se mueven los avatares de aquella comunidad.

V

Ya se subrayaba arriba, las dificultades que ofrece el conocimiento del inconsciente en la comprensión lógica y psicológica. Los significados a descubrir aparecían inalcanzables, debido a su excomunió de la comunidad de lenguaje y acción. No obstante, en la comprensión tanto lógica como psicológica, los significados se pueden alcanzar independientemente de la facticidad de ellos, esto es, la pregunta por el sentido es separable de la pregunta por los hechos, conforme a la tesis del Primer Wittgenstein, que reza: “*Comprender una proposición quiere decir saber lo que es el caso (lo que ocurre) si es verdadera. (Cabe, pues, comprenderla sin saber si es verdadera). Se la comprende si se comprenden sus partes integrantes*” (TLP 4.024)⁴², citado explícitamente por Lorenzer. Hacemos notar, de paso, que según el Wittgenstein del *Tractatus* (1928), el sentido de una proposición es previo a la verdad o falsedad: para que una proposición sea verdadera o falsa debe tener sentido, y podemos conocer el

⁴⁰ Ibid. p. 120-121

⁴¹ El inconsciente es visto por algunos psicoanalistas, como el caso de Octavio Mannoni, como un escritor de jeroglíficos. Esta idea también hace expresar a J. Lacan que el “inconsciente está estructurado como un lenguaje”.

⁴² Wittgenstein, L *Tractatus lógico-philosophicus*. Barcelona: Altaya 1994 p. 55. Así por ejemplo yo puedo comprender el significado de la frase “Cobaka tam”, sin necesidad de saber si el perro está ahí.

sentido de una proposición sin conocer su referencia, esto es, si es verdadera o no. En cambio, en el caso de la comprensión escénica, no se puede hacer esa separación entre facticidad y significado, puesto que aquí la pregunta por el sentido, no se puede separar de la pregunta por los hechos, con lo cual el problema específico de llegar hasta el significado de los contenidos inconscientes tambalea, por así decir. Se necesita, pues, entablar una relación estrecha entre *praxis* y *comprensión*. Sin embargo, "(...) los contenidos inconscientes, motivadores de la conducta, que deben ser elevados a la conciencia, son productos históricos"⁴³. La terapia lleva a la conciencia una situación bajo el ropaje de una escena histórica. Esto significa que "(...) la operación terapéutica, apunta a la reconstrucción de la escena originaria en su significación situacional completa, no mutilada por conductas represivas, y esto, visto a la inversa, significa que apunta a la situación en su despliegue pleno y concreto"⁴⁴. Lingüísticamente hablando, se da una coincidencia entre símbolos y realidad en el suceso original, lo cual se manifiesta en dos aspectos:

Como coincidencia de la realidad experienciada y de los símbolos

Como coincidencia de los símbolos propios con los símbolos del mundo circundante, porque ha desaparecido la privatización de la formación simbólica, resultado de la mutilación de esa formación de los símbolos en el sujeto.

Ahora, justamente la *construcción*, término clave del aparato epistemológico de Freud, por su amplitud con relación a la *interpretación (Deutung)*, apunta a una escena histórica concreta. Esto es, mientras la interpretación se refiere a un elemento particular del material (v.gr. una idea, un lapsus...), la construcción muestra al analizado un trozo de su biografía (prehistoria) que el médico propone (*Erraten*). Interpretación y construcción, pues, son dos aspectos del trabajo del analista que siempre están en una suerte de constelación-nudo, donde la construcción necesita de la interpretación o desciframiento, para la lectura de los materiales (de las lagunas). De esta manera, si la re-construcción del suceso originario se ha logrado de tal modo que la situación pueda hacerse consciente, la escena actual se volverá translúcida en la Transferencia. Así las cosas, el paciente llega al verdadero significado si, con la ayuda del trabajo anticipado del analista (*Erraten*), logra elevar a la conciencia la *escena original histórica reprimida*, escena que está en la base de todo quehacer infantil sexual; todo ello dentro del marco de la *repetición* que actúa (revive) el paciente en la terapia, y que sirve de premisa para el acto de la rememoración; acción que asiste a su vez al par comunicacional para que el sujeto-paciente integre su historia. En últimas, se logra un recuerdo –revivido– de expresiones y escenas morados en la vida infantil (lagunas de la memoria como olvidos por represión), y que fueron para el niño vivencias sin posibilidad de comprensión, pero cuya significación sobreviene cuando adquiere la posibilidad de interpretar su sentido con ayuda del Otro en un espacio comunicativo que juega bajo los límites de la autorreflexión.

⁴³ Lorenzer, A. el lenguaje destruido y la reconstrucción psicoanalítica. Ed. Cit. P. 150

⁴⁴ Ibid. p. 167

Tras este proceso de largo andamiaje, se alcanzan los significados verdaderos, y con ellos, la interacción real. Así, pues:

“(…)cuando se construye la escena originaria, se restablece la escena en que el <acaecer de juego> del sujeto dentro de su medio estaba lleno de aquel sentido situacional pleno, no adulterado, que se perdió por obra de los procesos de defensa (represión). Solamente entonces la realidad escénica, la situación del sujeto con sus personas relacionales, podrá ser formulada como situación en un símbolo íntegro. En este punto, la situación se corresponde con la escena, y coinciden símbolo y realidad vivida. El símbolo situacional formado coincide con la escena que dirige la percepción y la acción”⁴⁵.

Dicho en términos lingüísticos, hay una coincidencia de la realidad experienciada y los símbolos. La consecuencia de esto es que el lenguaje del individuo ya no es un lenguaje privado, sino que hay comunión entre los de éste y los símbolos generales del mundo, porque se ha eliminado la privatización de la formación de símbolos, causado por procesos de defensa. De esta suerte, al llegar al caso original (siempre infantil), se devela el inconsciente, fin de la cura psicoanalítica, mostrándose la práctica como una re-construcción histórica de la vida del paciente, al reconstruir éste lo que antes se había reconstruido mal y pesaba opresivamente sobre su carácter y a la vez rescatando un episodio de su vida pasada que se había desentrañado de su biografía, un vacío que mutilaba su identidad, y que causaba un engaño a sí y a los demás. **En suma, un acto de autorreflexión en un ambiente artificial de comunicación entre médico y neurótico, lleva a este último a un estado de emancipación de aquellas instancias opresoras que otrora lo dominaban y que se manifestaban a través de figuras del lenguaje privatizadas, uniendo de esta forma conocimiento y praxis.** El fondo de esta teoría abre el paso a una conclusión paralela, a saber: la desfiguración subjetiva es efecto de estructuras objetivas de interacción en los sujetos, es decir, permite explicar cómo cualquier patología es causada por una deformación infantil de la interacción, por lo que luego Lorenzer va a desarrollar una teoría de la socialización, es decir, de la interacción del animalito biológico con su objeto interaccional primario (la madre), cuestión que sobrepasa los límites de la presente exposición, pero que el mismo Lorenzer amplía en su obra “Bases para una teoría materialista de la socialización”.

Tras este recorrido, resulta más fácil comprender la afirmación habermasiana de que el psicoanálisis es una disciplina crítica-hermenéutica, unida a la afirmación lorenzeriana de que su objeto es la suma de formas determinadas de interacción que se revelan en y por el lenguaje. Método y objeto que, íntimamente interconectados ofrecen al paciente la libertad respecto de aquellas cadenas ocultas con las cuales se encuentra atado a su historia. Es así como el psicoanálisis, en su hacer práxico, actúa como un análisis funcional del lenguaje, puesto como una reflexión crítica que disgrega las condiciones de violencia puestas en un sistema de comunicación fracturado.

⁴⁵ Ibid p. 170

BIBLIOGRAFÍA

BELINSKY, J (1985) **El psicoanálisis y los límites de su formalización**. Barcelona: Lumen.

FREUD, S. (1981) **Obras completas**. Madrid: Biblioteca Nueva –cuarta edición- 3 tomos // Buenos Aires: Amorrortu 1990. 24 tomos.

GALENDE, E. (1992) **Historia y repetición: temporalidad subjetiva y actual modernidad**. Buenos Aires: Paidós.

JAY, MARTIN (1974) **La imaginación dialéctica**. Madrid: Taurus.

JENSEN, J. (1986) **Teoría crítica del Sujeto: ensayos sobre psicoanálisis y materialismo histórico**. México: Siglo XXI.

HABERMAS, J. (1982) **Conocimiento e interés**. Madrid: Taurus.

HORKHEIMER, M. (1986) La familia y el autoritarismo. En **La familia**. Barcelona: Península.

HORKHEIMER, M. (1990) Historia y psicología. En **Teoría Crítica**. Buenos Aires: Amorrortu.

LORENZER, A. (1977) **El lenguaje destruido y la reconstrucción psicoanalítica**. Buenos Aires: Amorrortu.

LORENZER, A. (1986) **Símbolo, interacción y praxis**. México: Siglo XXI.

LORENZER, A. (1970) **Crítica del concepto psicoanalítico de símbolo**. Buenos Aires: Amorrortu.

LORENZER, A. (1976) **Bases para una teoría de la socialización**. Buenos Aires: Amorrortu.

LORENZER, A. (1976) **Sobre el objeto del psicoanálisis: lenguaje e interacción**. Buenos Aires: Amorrortu.

REICH, W. (1970) **Materialismo dialéctico y psicoanálisis**. México: Siglo XXI.

WITTGENSTEIN, L. (1994) **Tractatus lógico-philosophicus**. Barcelona: Altaya.